

XVI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXI Jornadas de Investigación. XX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VI Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VI Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2024.

El goce: sus derivas epistémicas y su pertinencia clínica en los síntomas contemporáneos.

Córdoba, María De Los Angeles.

Cita:

Córdoba, María De Los Angeles (2024). *El goce: sus derivas epistémicas y su pertinencia clínica en los síntomas contemporáneos. XVI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXI Jornadas de Investigación. XX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VI Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VI Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-048/292>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evo3/vmm>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL GOCE: SUS DERIVAS EPISTÉMICAS Y SU PERTINENCIA CLÍNICA EN LOS SÍNTOMAS CONTEMPORÁNEOS

Córdoba, María De Los Angeles

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

Siguiendo a Miller en su curso “El partenaire-síntoma” me interesa ubicar algunos movimientos epistémicos respecto de la conceptualización del goce en Lacan. Movimientos que van del goce fálico al goce a secas, un goce en el cuerpo más allá del campo de las significaciones. Conceptualización inherente a la última enseñanza de Lacan de la que me sirvo para intervenir en un caso clínico. Caso en que la decisión del sujeto respecto de un cambio de género requirió ubicar la localización de un goce en el cuerpo.

Palabras clave

Goce - Cuerpo - Síntoma - Transexualidad

ABSTRACT

ENJOYMENT: ITS EPISTEMIC DRIFTS AND ITS CLINICAL RELEVANCE IN CONTEMPORARY SYMPTOMS

Following Miller in his course “The partenaire - symptom” I am interested in locating some epistemic movements regarding the conceptualization of enjoyment in Lacan. Movements that go from phallic enjoyment to as such enjoyment, an enjoyment in the body beyond the field of meanings. Conceptualization inherent to Lacan’s latest teaching that I use to intervene in a clinical case. Case in which the subject’s decision regarding a gender change required locating the location of an enjoyment in the body.

Keywords

Enjoyment - Body - Symptom - Transsexuality

En el capítulo 8 del Curso “El partenaire-síntoma”, Miller nos propone un esclarecimiento conceptual necesario del término goce para dar cuenta del uso que hacemos del mismo. Hemos pasado de pensar el goce como transgresión en el Seminario 7 a la omnipresencia del goce, un goce que está en todas partes a partir del Seminario 20.

Nos propone ubicar la dimensión del partenaire-síntoma para situar al partenaire en términos de goce, aquel que se inserte en el proceso sintomático.

Para ayudarnos a situar el goce traza un trayecto que toma Freud-Aristóteles en el Seminario 7 y Aristóteles-Freud en el Seminario 20 pasando por Bentham.

La referencia aristotélica en 1959, es “La ética a Nicómaco” es-

pecíficamente el Libro VII, allí sitúa las actitudes que el discípulo debe evitar: el vicio, la intemperancia y la bestialidad. A estos tres opone otro ternario: la virtud, la templanza y la santidad. Lo que es llamativo es que deja de lado el tercer término del primer ternario, allí donde aparece algo del exceso, particularmente lo que queda excluido, rechazado del campo que Aristóteles considera como el de la moral humana, es la bestialidad. A eso monstruoso no quiere darle estatuto humano, así deja de lado el registro de lo sádico. El campo de la moral aristotélica es una moral práctica y concierne a quienes tienen malas costumbres, pero solo si tienen aptitud para adquirir las buenas.

Allí sitúa Lacan la primera oposición, aquello que se encuentra en la lista aristotélica, incluida la bestialidad, son los deseos que aparecen en primer plano en la experiencia analítica freudiana tanto en el campo de las neurosis como de las perversiones, no encontramos en Freud ningún llamado a las buenas costumbres. No rechaza el exceso, sino que se confronta a él, hace del exceso su objeto.

Lo que tienen en común, es que ambos sostienen la noción elemental de que el hombre busca la felicidad, la diferencia es que mientras Aristóteles cree en la armonía y la felicidad acercándose a la naturaleza, Freud piensa que el programa de la felicidad es irrealizable.

A Miller le interesa destacar que entre Aristóteles y Freud en la referencia de 1971 se inscribe Bentham. Quien en su libro “La teoría de las ficciones”, introduce el utilitarismo de las palabras, la relación del lenguaje con lo real para situar allí un goce. “El utilitarismo no quiere decir otra cosa: las viejas palabras, las que ya sirven, hay que pensar para qué sirven. Nada más. (...) sirven para que haya el goce que falta. Solo que -aquí juega el equívoco- el goce que falta debe traducirse el goce que hace falta que no haya.” (Lacan, 1973: 74)

Sitúa aquí una oposición distinta entre ambos, esta vez sobre la definición del placer. Para Aristóteles el placer está definido por la actividad, la actividad es el placer mismo, se trata de un plus de movimiento, una “realidad actuante” que llamó *Energeia*. Lo más cercano a esto en Freud es lo que llama excitación.

El placer freudiano es contrariamente la evitación de la tensión, la homeostasis que más que placer es disminución del displacer, una barrera, un límite al exceso.

Ahora bien, el placer del que habla Aristóteles se escribe del lado macho de las fórmulas de la sexuación, si lo hace pasar por Bentham es para iluminarnos sobre esto.

A la altura del Seminario 20 y especialmente en el capítulo 5 el goce tiene como referencia la relación sexual o mejor dicho la no relación sexual, por eso ubica la radical diferencia entre el lado hombre y el lado mujer. Del lado hombre el goce que no conviene a la relación sexual. Tanto Aristóteles como Freud se refieren al goce fálico, cumbre del goce autoerótico.

A partir de estas elucidaciones Miller distingue 4 goces:

1. Goce fálico: que vale para los dos sexos como goce autoerótico. El que no conviene a la relación sexual
2. Goce macho: articulado al objeto a
3. Goce femenino: articulado al significante del gran Otro tachado
4. Goce de la palabra: la otra satisfacción

Ya en el Seminario 19, Lacan ubica la pluralización de los goces, y para unificar algo del campo del goce usa el sintagma “el goce a secas”.

El campo del goce

En la clase del “Partenaire-síntoma” que vengo siguiendo, Miller propone desde los seminarios 7 y 20 de Lacan, un ordenamiento del campo del goce en el que me interesa ahondar.

El goce circunscripto por el seminario “La ética del psicoanálisis”, es un goce abordado por el campo de La Cosa, *das Ding*, se trata de un goce al que no se accede sino por transgresión como un pasaje al campo -evitado- del más allá del principio del placer. O sea que tenemos una antinomia entre goce como intensidad, forzamiento, transgresión y el placer como homeostasis y rutina.

Se piensa el goce desde el modelo del deseo, se introduce el fantasma como el operador que permite el acceso al campo del goce de manera masoquista pero acotada, hay un goce coherente con el nombre del padre y un goce que queda excluido. El objeto a funciona como localizador de goce en el campo del Otro. Un goce que se equilibra con la economía libidinal.

En el Seminario Aún a partir de ubicar la otra satisfacción, se trata de una dispersión, otro goce no-localizado, más allá del falo y más allá de la pulsión, una omnipresencia del goce en tanto exceso ilimitado. Goce que Lacan registra en la época como un goce coherente con la caída del nombre del padre, y que Miller sitúa como la infinitización del goce. Un goce no-todo, deslocalizado y desamarrado.

A partir de abrir el campo del goce podemos ubicar dos formas clínicas distintas, una más ligada al síntoma y otra al estrago -algo peor que un síntoma-.

La finalidad del goce

Miller dice que con Lacan llamamos goce al descubrimiento freudiano de que hay en el cuerpo del hombre y de la mujer una sustancia que no sirve a la reproducción de la especie y tampoco sirve para establecer la relación sexual con otro cuerpo, sino para establecer una relación especial con el propio cuerpo. También se goza del cuerpo del otro, pero ese goce se siente en

el cuerpo de uno.

“Hay en el cuerpo humano algo que busca gozar de sí mismo. Busca gozar-se” “El goce es un absoluto, porque no está del lado de nada mas que de él mismo, obtiene su finalidad en él mismo. Es el reinado del goce para el goce.” (Miller, 2020: 8) El ejemplo lacaniano es el ronroneo del gato que hace vibrar al cuerpo. Un goce que se siente y que tiene su sede en el cuerpo.

El unarismo del goce

A la fórmula ‘No hay relación sexual’, responde ‘Hay goce del cuerpo’, allí tenemos la unaridad del goce y todo lo demás son aparatos de goce, instrumentos para el goce, declinaciones diversas de ese goce primero, o fórmulas que anudan el goce a un representante sea en el registro simbólico o imaginario.

Este ordenamiento nos permite pasar de la pluralización de los goces a la fórmula del ‘goce a secas’, el goce en tanto tal, ‘el goce crudo’.

En el decir ‘Hay goce’ solo se dice hay un goce en el cuerpo, no tiene nombre, no tiene predicado, no abre al Otro. Es la tesis que Miller sostiene en su último curso “El ser y el uno” haciendo caer toda idea de binarismo.

Un recorte clínico. Un goce que se siente en el cuerpo...

Un paciente, en relación a la sexualidad, venía sosteniendo desde su adolescencia una posición bisexual. En un momento ya en análisis, y estando en una relación más o menos estable con una mujer, relación en la que “se siente libre”, comienza a ubicarse como una mujer que está con otra mujer. Se le desarma la identificación bisexual y se le impone la demanda de la transexualidad, cambiar el cuerpo a un cuerpo de mujer.

No solo se escucha la demanda de cambio de cuerpo, sino que resuena un empuje a lo ilimitado. Un sin medida que exige del empuje externo que la analista no consiente a encarnar, ya que, en principio es una demanda sin punto de anclaje. En muy poco tiempo adquiere un peso tal que el análisis no le alcanza para alojar esa urgencia real. Sin cortar totalmente el lazo con el análisis. Consulta a una terapeuta de género que le dice lo que tiene que hacer, interviniendo el cuerpo tanto en la apariencia estética como en lo endocrinológico, le indica inyectarse hormonas.

Un tiempo después retorna al análisis dice estar muy mal. El malestar está asociado a los efectos subjetivos de la intervención, las consecuencias que tuvo en el lazo con el partenaire y con el cuerpo. La pérdida del lazo amoroso junto a un goce insostenible en el cuerpo. Por un lado, su novia decidió no acompañarlo y cortar la relación; por otro lado, los efectos de “eso que inyecta el cuerpo” le hace mal, aclara que no en la imagen sino en las sensaciones.

Retornan los síntomas melancólicos que lo habían traído al análisis, no encuentra como vivir, como estar. Se le arma una especie de dicotomía entre lo que quiere para su identidad, y el amor que siente por su pareja.

La analista sitúa que la novia, su transformación, la tolera con

una medida. La intervención analítica va contra el desborde. Puede restablecer el lazo amoroso y cortar el tratamiento hormonal, quedando abierta la posibilidad de una transformación transexual con un tope.

El efecto que tuvo situar un tope a lo ilimitado fue un sueño y un fenómeno de cuerpo acotado.

El sueño: “Soñé como mujer. Estaba en el cine y era una mujer entre otras mujeres, no sólo me sentía mujer, sino que sentía como mujer.”

La escena autoerótica: llega a la casa, se había cortado la luz, y en la penumbra del atardecer frente a un espejo transcurre lo siguiente: “yo era las dos cosas, hombre y mujer, a la vez, me tocaba a mi mismo como hombre siendo una mujer, sentía mucho placer, me miraba en el espejo estando de espaldas” La escena se interrumpe cuando vuelve la luz, a la luz el placer no continúa.

De este tiempo del análisis surge: Un punto de certeza que se sostiene no sin un punto de vacilación y emergencia de angustia, el querer “ser mujer” se conmueve si le impide el amor y produce la emergencia intolerable de cuerpo. A la vez se recorta como condición un espacio de intimidad.

Estas coordenadas dieron un nuevo ordenamiento a su vida, dejando abierta la posibilidad de la intervención en el cuerpo, ya no como un pasaje al acto sin articulación a ningún decir.

Sostiene la relación con su novia quien acompaña en su transformación pero sin exposición, decide operarse pero no vestirse de mujer mientras espera la intervención, dejando eso en el ámbito de lo íntimo. También decide volver a vivir a su ciudad de origen, de la que había salido dos años antes en acting.

Unos meses más tarde la analista recibe el siguiente mensaje: “Hola, soy V... ¡Ya me operé y me siento muy bien!

Sigo de novia con K y vivo con mi papá. Me cuidan muy bien y tenemos una relación muy linda. También con mi hermana. Mi Mamá dice que la traicioné...pero ya se le va a pasar, es cuestión de tiempo.”

La operación parece tener el estatuto de un arreglo singular con lo real, una solución sintomática que estabiliza al sujeto y ordena su relación con el mundo y con su cuerpo: la “prensa”, dice Miller, que el sujeto inventa para unirse a su propio cuerpo; cuando no se cuenta con el falo y la castración como límite.

En este caso, los modos contemporáneos del tratamiento de la sexualidad en la cultura, han alojado y a la vez reforzado ese empuje a lo ilimitado que es del sujeto.

Tal como nos recuerda Laurent lo que interesa en relación a la identificación no es tanto su relación con el narcisismo sino su relación con el goce. “...el psicoanálisis, parte de las identificaciones para dirigirse hacia el núcleo de goce que estas enmascaran”.

Haber podido capturar en el análisis algo del goce ligado al cuerpo, circunscribir la importancia que para el sujeto tiene el goce sexual y su condición, le permitió ubicar las coordenadas significantes que permiten hacer de la operación un acto que,

como señala Miller, puede ser recuperado *apres-coup* por la significación, (incluso cuando la significación sea extraordinariamente delirante como en el caso que nos ocupa).

Al año de la operación, la paciente vuelve a escribir a la analista ratificando su acto y los efectos del mismo, ubicando un antes y un después, significándolo como un acto de nacimiento, un corte en el cuerpo que parece localizar y acotar excesos de goce vividos como intrusión a lo largo de su historia; sin arrepentimiento, pudiendo sostener lazos, trabajo, y sin caer -por ahora- en episodios melancólicos que le acompañaban de toda la vida. “...Fue literalmente un corte en mi vida, un simulacro de nacimiento, un re-nacer, desde esa partecita que se hace pasar por el todo. Mi mayor artificio, mi mayor obra hasta el momento. Fue un simulacro de lo que debería haber sido ahora que sé quién soy, ahora que sé que no tiene sentido preguntarse por el ser”.

BIBLIOGRAFÍA

- Lacan, J. (1959-1960). El seminario. Libro 7. *La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 2011.
- Lacan, J. (1971-1972). El seminario. Libro 19. *...o peor*. Buenos Aires: Paidós, 2012.
- Lacan, J. (1972-1973). El seminario. Libro 20. *Aún*. Buenos Aires: Paidós, 2004.
- Miller, J-A. (1997-1998). El Partenaire-síntoma. Buenos Aires: Paidós, 2008.
- Miller, J-A. (2011). Curso el ser y el Uno. Inédito.